PENÍNSULA ATALAYA

Alfredo Grimaldos

La CIA en España

Espionaje, intrigas y política al servicio de Washington

Alfredo Grimaldos

La CIA en España

Espionaje, intrigas y política al servicio de Washington

ediciones península

© Alfredo Grimaldos Feito, 2006, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones
establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español
de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: enero de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-23.588-2016
ISBN: 978-84-9942-562-7

ÍNDICE

Prefacio 11
Introducción 13

1. La Transición de Langley 19
2. Todos contra la URSS 38
3. España, portaaviones de los yanquis 51
4. Colonizados por la CIA 66
5. «Gladio», la espada del Imperio 85
6. La Operación Delgado y el Tarzán de Palomares 101
7. No hay mal que por bien no venga 116
8. Una península sin dictaduras 129
9. Isidoro y mister PESC 141
10. Cómo detectar a un espía 160
11. 23-F, «una cuestión interna» 177
12. El lado oscuro de la «colza» 196
13. Comisionistas y trilaterales 208
14. Jefes de estación 222
15. Barra libre para el Imperio 250

Notas 261
Anexo documental 289
Bibliografía 303
Índice alfabético 309

1

LA TRANSICIÓN DE LANGLEY

La Transición española se diseñó en Langley (Virginia), junto al río Potomac, en la sede central de la CIA. La fase final de esa compleja operación, que culmina con la restauración monárquica en la persona de Juan Carlos I de Borbón, se comienza a fraguar en 1971, tras la visita del general Vernon Walters a España para entrevistarse con Franco. La avanzada edad del dictador turba los sueños de Richard Nixon, cuyo insomnio pronto se va a agudizar mucho más con el caso Watergate. Pero en ese momento, una de las mayores preocupaciones del presidente norteamericano, dentro del área internacional, es tener bien controlado el proceso de sucesión en España cuando se produzca la desaparición física de quien ha sido fiel y subordinado aliado de Estados Unidos desde el comienzo de la Guerra Fría.

Walters, que poco después será nombrado director adjunto de la CIA, comunica al entonces vicepresidente de Gobierno, Luis Carrero Blanco, la necesidad de coordinar la actuación de los servicios de información norteamericanos y españoles para tener todo previsto ante el eventual fallecimiento del Caudillo. Y unos meses después, los hombres del Servicio Central de Documentación (SECED), creado en marzo de 1972, bajo la dirección del teniente coronel José Ignacio San Martín, entran en acción.

Manuel Fernández-Monzón es entonces un joven capitán que ha desarrollado la mayor parte de su incipiente carrera en los

servicios de información, primero en Contrainteligencia y después en el SECED. A él le corresponde viajar a Washington, como enlace entre el organismo dirigido por el futuro golpista San Martín y los cerebros —norteamericanos, por supuesto— de la operación. En el propio Pentágono, Fernández-Monzón es recibido por un general estadounidense. «Me puso frente a un gran mapa que tenían desplegado allí, lo señaló y me preguntó qué veía», recuerda el hoy general en la reserva. «Yo le contesté: "Un mapamundi". Y él insistió: "Pero ¿qué hay en el centro?". El mapamundi se puede desplegar de distintas formas, claro, y ellos lo habían hecho de modo que en el centro exacto quedaba la península Ibérica. Entonces le contesté: "En el centro está España". Y él, sonriente, remachó: "Pues por eso está usted aquí".»[1] «No es verdad todo lo que se ha dicho de la Transición. Como eso de que el Rey fue el motor. Ni Suárez ni él fueron motores de nada», continúa Fernández-Monzón. «Sólo piezas importantes de un plan muy bien diseñado y concebido al otro lado del Atlántico, que se tradujo en una serie de líneas de acción, en unas operaciones que desembocaron en la Transición. Todo estuvo diseñado por la Secretaría de Estado y la CIA, y ejecutado, en gran parte, por el SECED, con el conocimiento de Franco, de Carrero Blanco y de pocos más. Por ejemplo, cuando el Estado Mayor del Ejército de Tierra elaboró la Operación Diana, no sabía para qué lo estaba haciendo. Era la planificación de una intervención militar en el caso de que aquí se produjera un vacío de poder.»

Todo empieza con la visita de Vernon Walters, embajador «volante» de Nixon al palacio de El Pardo, lo que el propio general norteamericano ha calificado como «una misión con la que ninguna puede compararse».[2] Según Walters, Richard Nixon «se daba cuenta de la importancia que España tenía para el mundo libre». Y ese interés por nuestro país le induce a enviarle a España con la «misión especial» de entrevistarse con Franco «para hablar de los años futuros en los que el Generalísimo ya no fuera jefe de Estado».

Nixon, en el despacho oval de la Casa Blanca, le dice que ha estado pensando en la situación que se da en España, y en lo que puede ocurrir después de la muerte de Franco. «España era de vital importancia para Occidente, y el presidente no quería que allí se creara una situación caótica o anárquica», continúa relatando Walters en su libro.

> Expresó la esperanza de que Franco elevara al trono al príncipe Juan Carlos. Estimaba que esa sería una solución ideal, que daría lugar a una pacífica y ordenada transición que el propio Franco podría dirigir. De no adoptarse esta solución, el presidente Nixon albergaba esperanzas de que Franco nombrara un primer ministro fuerte, que se encargara de llevar a cabo la transición del régimen de Franco a la monarquía.

Vernon Walters sigue muy de cerca la evolución política del régimen franquista. Con un intervalo de poco más de diez años, dos presidentes de Estados Unidos visitan España. Primero Eisenhower, en diciembre de 1959, después Nixon, en 1970. Walters viaja a España con ambos: «Tuve la suerte de acompañarles y hacer de intérprete en las conversaciones con las autoridades españolas». En sus memorias, Walters recuerda con cariño al dictador español:

> Franco ofreció una cena oficial al presidente Eisenhower en el Palacio de Oriente. Se pronunciaron afectuosos brindis durante la cena y, luego, se celebró un buen concierto, a cargo de cinco violinistas. Todos ellos llevaban Stradivarius. Volvería a ver a Franco en El Pardo, muchos años después, para hablar con él de lo que ocurriría en España cuando él muriese. En esta última ocasión, Franco hablaría de su muerte con la misma serena frialdad con la que antes habló con Eisenhower.

La misión de Walters en El Pardo, en 1971, tiene similitudes con la de Martin Sheen en *Apocalypse Now*, cuando va a encontrarse con un enloquecido y sanguinario Marlon Brando. Pero a

diferencia de lo que ocurre en la película de Coppola, en esta ocasión, el general norteamericano no tiene el encargo de acabar con la vida del tirano, sino el de apuntalar su régimen para que se perpetúe con nuevas apariencias externas cuando él falte. Nixon ordena a Walters que se entreviste a solas con Franco e intente averiguar qué medidas políticas y militares ha tomado el dictador en previsión de lo que pueda ocurrir tras su propia muerte. «Decir que estas instrucciones me estremecieron sería decir muy poco», escribe Walters.

El primer problema que encuentra el «embajador volante» de Nixon es el de poder ver a Franco a solas, sin que la embajada de Estados Unidos en Madrid ni el propio Ministerio de Asuntos Exteriores español medien en el asunto. Y además, no es nada fácil tener que hablar a un hombre de su propia muerte. Ni siquiera a alguien tan frío como el jefe del Estado español. Al final, es el propio ministro español de Asuntos Exteriores, Gregorio López-Bravo, quien le facilita el encuentro. Franco tiene un olfato y una astucia especiales para moverse en esas situaciones y enseguida se da cuenta de cuál es el motivo de la visita. Le dice a Walters que ya ha tomado las decisiones oportunas para que, cuando «su Capitanía llegue a faltar», «todo quede atado y bien atado». Como ya manifestó en su discurso de 1969, durante el acto de designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor suyo a título de Rey.[3]

Asegura al general norteamericano que la sucesión se efectuará de forma controlada. El Príncipe es la única alternativa y el Ejército le apoyará. Le dice que se han creado diversas instituciones para asegurar una ordenada sucesión e insiste en transmitir a Nixon «que el orden y la estabilidad en España quedan garantizados por las oportunas medidas que estoy adoptando». Y añade: «Mi verdadero monumento no es aquella cruz en el Valle de los Caídos, sino la clase media española».

Pero Vernon Walters no tiene muy claro que esas explicaciones sean suficientes para quedarse tranquilo y poder concluir así la misión que le han encomendado. Considera que su presidente

le ha confiado un delicado trabajo que, en realidad, exige que haga algo más que hablar con el general Franco. Con el pretexto de hallarse de permiso en Madrid, visita a «varios amigos de las Fuerzas Armadas españolas, que ocupan puestos clave en la estructura de mando». Y todos ellos le manifiestan claramente que darán su apoyo a la elevación del príncipe Juan Carlos al trono, después de la muerte de Franco. Además, expresan «su creencia en que no habrá desórdenes ni disconformidad política en la nación».

Todos esos «amigos» militares coinciden en considerar que Franco no pondrá al Príncipe en el trono antes de su muerte. Sin embargo, sí creen que el Generalísimo accederá a nombrar un primer ministro. A continuación, Walters visita a Carrero Blanco. Y éste le pone en contacto con los responsables de su propio servicio de información, que pronto se constituirá «oficialmente» con el nombre de SECED. San Martín será el primer jefe de este organismo. En sus memorias póstumas, este militar, posteriormente implicado en el golpe del 23-F, recuerda aquel encuentro. Escribe que Vernon Walters estuvo en el despacho de Carrero, a quien «le sorprendió el dominio de idiomas del general y sus conocimientos de estrategia y política internacional. Sintonizaron en la importancia que Carrero daba al proceso subversivo instigado, según él, por el comunismo internacional y esencialmente por la URSS».[4]

Walters le explica al almirante que los norteamericanos quieren llevar a cabo una serie de «líneas de acción» concretas para garantizar que, efectivamente, no va a suceder nada imprevisto en el proceso de cambio hacia la democracia. Y él le contesta que, para el planeamiento y la concreción de esas «líneas de acción», los servicios de información de Estados Unidos tienen que entenderse con los hombres que van a integrar el SECED.

«A los norteamericanos sólo les hemos interesado por nuestra posición estratégica», opina el general Fernández-Monzón. «Realmente consideran que la península Ibérica es el centro de su mapa mundial y para ellos resulta fundamental el eje Rota-

Morón-Torrejón-Zaragoza. Antes, por la Guerra Fría, y ahora, porque estamos en la ruta desde Estados Unidos hasta el conflictivo Oriente Medio. En ese orden de cosas, se explica que los Estados Unidos, al final del franquismo, quisieran tener la seguridad de que aquí no iba a pasar nada.»

El SECED es una nueva sigla dentro del disperso panorama de los servicios de información españoles de la época. La Guardia Civil tiene el suyo, cada uno de los ejércitos cuenta también con uno propio y, dedicado específicamente a la represión política, destaca el enorme protagonismo de la Brigada Político-Social, perteneciente a la Dirección General de Seguridad. El SECED se crea en marzo de 1972 y absorbe a la OCN (Organización Contrasubversiva Nacional). Es como un iceberg, tiene nueve décimas partes sumergidas, todo el bloque que proviene, en su mayor parte, de la antigua OCN, y está estructurado en distintos departamentos dedicados a perseguir subversiones variadas: la universitaria, la sindical, la de la Iglesia... «Luego, había una décima parte, formada por cuatro oficiales: el capitán Peñas Pérez, el capitán Peñas Varela, el capitán Peñaranda y yo», explica Fernández-Monzón. «¿Por qué existía aquella parte abierta? Porque Carrero Blanco nunca quería ver a nadie y había mucha gente que sí le quería ver a él. Nos hacía ir a entrevistarnos con ellos y le redactábamos una reseña, para que él tomara sus decisiones y actuara.»

Carrero encarga a los miembros de este grupo, que posteriormente se va ampliando, trabajar en coordinación con los servicios de información norteamericanos y desarrollar las líneas de acción diseñadas en Langley, para tener controlada la situación cuando muera Franco. Eso se traduce, en primer lugar, en la Operación Lucero, que se desarrolla en el SECED. En ella se adopta una serie de medidas encaminadas a que la situación en las calles, cuando muera Franco, durante su funeral y los días posteriores, también quede «atada y bien atada». La Operación Lucero tiene como objetivo «la defensa de todas las instalaciones civiles consideradas vitales para asegurar el normal desenvolvimiento y cum-

plimiento de las acciones del Gobierno provisional, durante la transición o relevo de mando en la jefatura del Estado», señala otro antiguo oficial de los servicios de información, el coronel Arturo Vinuesa. «Las fases de esta operación comprendían desde la designación de los objetivos a defender y ocupar, hasta el aviso domiciliario a todos los jefes y oficiales de las unidades, en la primera situación de alerta, cosa que, con un adecuado entrenamiento, se realizaba en un corto espacio de tiempo.»[5]

La segunda de las operaciones diseñadas se denomina «Diana» y la planifica el Estado Mayor del Ejército con el propósito de prever las actuaciones necesarias en caso de que se produzca un vacío de poder. «Una maniobra de este tipo se concibe con arreglo a la hipótesis más probable de la acción enemiga. Pero la "seguridad" hay que montarla, como decimos los oficiales de Estado Mayor, sobre la hipótesis más peligrosa, por improbable que sea», señala Fernández-Monzón. «En este caso, la hipótesis más peligrosa para el Régimen, aunque muy improbable, es que se produzca un vacío de poder de carácter revolucionario. Entonces, la actuación del Ejército tendría que desarrollarse con arreglo al artículo 37 de la Ley Orgánica del Estado, que le otorga el papel de garante de la integridad territorial y del ordenamiento legal.»

En ese texto se inspira, casi literalmente, el artículo 8 de la vigente Constitución de 1978, que les llega ya redactado a los honorables «padres» de la Carta Magna. La Operación Diana, en consecuencia con ese artículo 37 de la LOE, establece lo que el Ejército tiene que hacer en caso de que se produzca un vacío de poder. Está previsto que la operación se mantenga latente sólo el tiempo inmediatamente anterior y posterior a la muerte de Franco y debe ser derogada después. Pero permanece, más o menos olvidada, en las cajas fuertes de todas las unidades militares y continúa vigente el 23 de febrero de 1981. Es el pretexto que utilizan Milans del Bosch y Tejero para dar el golpe de Estado. El teniente coronel de la Guardia Civil provoca el vacío de poder con el asalto al Parlamento y el capitán general de la III Región

Militar actúa, en consecuencia, con arreglo a la todavía «legal» Operación Diana. Tejero se empeña en que el golpe se dé ese día porque es cuando tienen que asistir a la sesión del Congreso, obligatoriamente, el Gobierno al completo y todos los diputados. Hasta el último de ellos, porque la votación va a estar muy ajustada.

Otro antiguo capitán del SECED, el general Peñaranda, ha realizado una tesis doctoral sobre diversos temas militares y asegura que, curiosamente, no ha conseguido encontrar una copia de la Operación Diana por ningún sitio. No se sabe si, después del 23-F, el ministro de Defensa, Alberto Oliart, se lo tomó tan a pecho que mandó destruir hasta el último ejemplar de la operación. A buenas horas.

En la tercera operación diseñada bajo el auspicio de la CIA se determina pormenorizadamente lo que Juan Carlos de Borbón tiene que hacer durante las seis primeras semanas de su reinado. Esta última se comienza a elaborar en La Zarzuela, cuando Jacobo Cano ocupa el puesto de secretario general de la Casa del entonces príncipe heredero. Tras su muerte en accidente de tráfico, sucede a Cano el general Armada. Él es quien concluye la operación, que ha pasado a la historia con dos nombres: en la Casa Real la bautizan como Operación Alborada y en el SECED es conocida como Operación Tránsito. Su propósito es que el rey designado por Franco sepa lo que tiene que hacer en todo momento. Por ejemplo, que en los funerales de los Jerónimos debe estrecharle la mano con más efusividad al presidente de la República alemana que a Giscard d'Estaing, o que tiene que ser frío y distante con Pinochet... Todo está diseñado al detalle.

La Transición se maneja, en todo momento, desde Washington y desde dentro del Régimen, para que la actualización del franquismo no se desborde. Y en esa tarea colaboran también destacados políticos de la oposición. La acción coordinada de la CIA y el SECED busca imponer la reforma controlada e impedir a toda costa la ruptura. Desde marzo de 1972, en el SECED se sigue con detenimiento la evolución de cada «familia política» que pre-

tende participar en la Transición. Los norteamericanos quieren que todos los grupos comunistas queden fuera del proceso. Además, se intenta que, en la secretaría general del PCE, Carrillo sea sustituido por alguien del interior. En concreto, Nicolás Sartorius o Ramón Tamames, a quien el propio Carrero Blanco califica, con cierta condescendencia y un atisbo de insólita simpatía, como «marxista cañí».

También en el caso del PSOE los servicios de información apoyan a los «hombres de dentro», aquí con absoluto éxito. El SECED expide en 1974 los pasaportes que permiten a Felipe González y los suyos viajar a Francia, y escolta al emergente político sevillano hasta Suresnes, donde alcanza la secretaría general del partido.[6] El sector histórico encabezado por Rodolfo Llopis queda fuera de juego. Los oficiales del SECED José Faura y Juan María Peñaranda tienen un destacado papel en esos acontecimientos. «El primero de ellos está considerado como uno de los ángeles de la guarda del PSOE. Parece que, personalmente, propició la asistencia de Felipe González al congreso de Suresnes en 1974», señala el coronel Arturo Vinuesa. «Si fue así, más tarde esos ángeles obtuvieron su recompensa cuando el PSOE alcanzó el poder, llegando a los más altos puestos de la milicia.» Ambos acceden al generalato, y José Faura Martín llega hasta la cima del escalafón: teniente general y jefe del Estado Mayor del Ejército, en 1994, con Felipe González como presidente de Gobierno.

«Desde el servicio se convence a Nicolás Redondo, padre, de que deje paso a Felipe González y él se quita de en medio, compartiendo que es buena idea abrir camino a gente joven del interior», asegura el general Fernández-Monzón. «Allí en Suresnes hubo mucha gente. Había más policías y miembros de los servicios de información que socialistas. Pero ya antes, en 1972, se había conseguido que de los 16 miembros de la Comisión Ejecutiva, nueve fueran del interior. Felipe González es el principal producto de la Transición. Sabía cómo se estaban produciendo las cosas y estaba de acuerdo con ellas.

»A través del Ministerio de la Presidencia del Gobierno español, contactamos con Heinemann, ministro de la Presidencia de Alemania. Y él, a su vez, le transmitió a Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista, nuestro apoyo para que le diera la patente al sector renovado del PSOE —prosigue Fernández-Monzón—. Esta operación salió perfecta, en gran medida gracias a la inteligencia preclara de Felipe González, sin duda el hombre más importante de la Transición y el que mejor la comprendió. No tuvo ninguna duda de que había que conservar la monarquía.»

Otra línea de acción paralela consiste en «convencer» a la «derecha divina» —Satrústegui, Senillosa...— de que se apunte a la reforma, frente a la ruptura. Con ellos se contribuye a crear la Plataforma de Convergencia Democrática, en la que se encuadra el PSOE. Un antídoto reformista contra la Junta Democrática constituida en París, que aún mantiene planteamientos rupturistas y cuestiona la monarquía heredera del franquismo. Luego, ambas plataformas se terminan fusionando en la llamada «Platajunta» y la mayoría de sus miembros aceptan las reglas del juego impuestas por los norteamericanos y los franquistas reconvertidos para hacer la Transición. El periodista Javier Ortiz recordaba que, en las reuniones de la Platajunta, «había una docena de partidos con el título de socialdemócratas. Nadie sabía cuál era el suyo, todos tenían las siglas recién inventadas. Eurico de la Peña, dirigente de uno de estos partidos, se levantaba cuando llamaban a otro». Uno de estos políticos arropado por siglas recién estrenadas es Antonio García López, secretario general del PSDE (Partido Socialista Democrático Español), un personaje señalado desde muchos sectores como hombre de la CIA. Lo cierto es que frecuenta la embajada de la calle Serrano y se jacta públicamente de sus conexiones con los norteamericanos, para apoyar la creación de una fuerza socialdemócrata en España a partir de la USDE (Unión Socialdemócrata Española) que había fundado Dionisio Ridruejo. Los diseñadores políticos que actúan en la sombra con-

sideran imprescindible la potenciación de un partido socialdemócrata y de otros de carácter neofranquista para conseguir el tipo de democracia que se quiere implantar en España.

Pero, en primer lugar, hay que decidir quién es la persona que tiene que conducir la Transición. «Fíate de los hombres del Movimiento, que le han sido fieles a Franco y te lo serán a ti», le había dicho siempre don Juan de Borbón a su hijo. Y los servicios de información llegan a la misma conclusión: la apertura tendrá que encabezarla alguien de camisa azul. Un hombre del Movimiento y, al mismo tiempo, «de una catolicidad acendrada». Todo converge en el nombre de una persona: Fernando Herrero Tejedor, entonces ministro y secretario general del Movimiento, que ha apoyado, junto a López Rodó, la maniobra sucesoria encarnada en el Príncipe. Pero Herrero muere en accidente de tráfico y hay que buscar otro candidato. Entonces, el SECED hace un retrato robot, al que dan su visto bueno los norteamericanos, del personaje necesario: un hombre del Movimiento, que no haya participado en la guerra y sea de familia humilde, preferiblemente de provincia pequeña o del medio rural, que no tenga fortuna personal... Al final, salen tres nombres: José Miguel Ortí Bordás, que es en esos momentos vicesecretario del Movimiento con Solís; Rodolfo Martín Villa, gobernador de Barcelona, y Adolfo Suárez.

«Aparece entonces por aquí, en el mes de diciembre de 1975, poco después de la proclamación de don Juan Carlos, un personaje pintoresco que se llama Arnaud de Borchgrave, subdirector de la revista *Newsweek* y subdirector de la CIA», relata el general Fernández-Monzón. «Esta revista ha sido siempre el órgano de comunicación oficioso de la CIA. Borchgrave estaba en todas partes. El otro día, mientras leía un libro de los generales israelíes de la guerra del Yom Kippur, vi que él también apareció por allí para impartir órdenes. Borchgrave es quien le dice al Rey, con la coartada de hacerle una entrevista para *Newsweek*, que, para seguir adelante con lo pensado, no puede mantener de presidente de Gobierno a Carlos Arias Navarro. Es cuando el Rey llama a

Arias y le dice que se acabó. Luego desembocamos en el "ya le he dado al Rey lo que me ha pedido", de Torcuato Fernández-Miranda, y en la terna para que salga elegido presidente de Gobierno Adolfo Suárez.»

Durante el primer Gobierno de la monarquía, Suárez defiende la Ley de la Reforma Política en las Cortes, desde la Secretaría General del Movimiento. Ya sólo falta convencer a todos los procuradores franquistas de que se hagan el harakiri. Y eso se consigue, muy fácilmente, con «Jano», el archivo que ha elaborado el SECED, bautizado con el nombre del personaje mitológico de las dos caras. Un archivo verdaderamente curioso y eficaz. El capitán Juan Peñaranda Algar es quien se encarga de mantenerlo actualizado. En él no figura nada inventado, ni imaginado, ni ningún análisis, sólo datos de las diez mil personas punteras de este país, de todas las profesiones. La finalidad del archivo es ir acumulando dosieres de cada uno de ellos, de lo que van haciendo y diciendo a diario en su vida pública y privada. Al cabo de unos años de trabajo, la fuerza de «Jano» es demoledora, y de ello serán conscientes la inmensa mayoría de los miembros de las últimas Cortes franquistas. Andrés Cassinello, jefe del SECED después de San Martín y Valverde, se encarga de convencer a los duros de mollera. A Girón, por ejemplo, se le permite que haga su papel de ultra pero con cuidado, tras recordarle sus trapicheos en el Palacio de Congresos de Torremolinos. Y la Ley de la Reforma Política sale adelante. Ya está claro que eso va a funcionar.

Andrés Cassinello es otro capitán del SECED que llegará a teniente general. Personaje muy vinculado a los servicios de información norteamericanos, se integra en la Organización Contrasubversiva Nacional, embrión del SECED, tras haber realizado un curso de contrainsurgencia en el Centro de Guerra Especial de Fort Bragg. Pronto destaca en el servicio de Carrero Blanco, pero lo abandona por discrepancias con el teniente coronel San Martín. Cuando éste es defenestrado por Arias Navarro y tiene

que refugiarse en la Dirección General de Tráfico, bajo el amparo del ministro de la Gobernación Manuel Fraga, Andrés Cassinello vuelve al SECED como segundo del comandante Valverde. Después, asumirá la dirección del servicio.

Conoce a Adolfo Suárez desde los tiempos en los que el político abulense, tras terminar la carrera de Derecho, hacía las milicias universitarias en el mismo cuartel donde estaba destinado su hermano, el capitán José Cassinello. A principios de 1976, los intereses de Suárez y Andrés Cassinello coinciden plenamente.

Durante el primer Gobierno de la monarquía, con Arias Navarro como primer ministro, dos gallos de pelea que vienen del franquismo más negro y se han prefabricado un pedigrí de demócratas optan por llegar a la presidencia de Gobierno y comandar la Transición. Son José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores, y Manuel Fraga, ministro de la Gobernación. Ambos mantienen estrechos vínculos con Estados Unidos desde hace mucho tiempo, pero desconocen que el Imperio, que juega todas las bazas, ha decidido apostar por otro candidato. Adolfo Suárez, muy aficionado a las escuchas y los dosieres desde su época de director general de RTVE (Radio Televisión Española), maneja los hilos locales de la trama desde la trastienda. Fraga queda eliminado de la carrera tras su desastrosa actuación en las matanzas de Vitoria y Montejurra. Y Areilza decidirá elegantemente apartarse de la competición. Un antiguo oficial de los servicios de información españoles relata los hechos: «Los hombres de Cassinello colocaron un micrófono en la mesa del despacho de Areilza, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y comenzaron a grabar. Entre las cintas registradas quedaba constancia de la íntima y cálida relación que el ministro mantenía con su secretaria. Sólo hubo que sugerirle la existencia de las cintas para que pasara a un discreto segundo plano. Seguro que el micrófono sigue en esa mesa, pero quién sabe dónde la habrán metido».

Ahí comienza el idilio de Adolfo Suárez con los norteamericanos. Un romance que pronto se tuerce. ¿Hasta dónde abarca el diseño de la Transición? Sólo hasta que se celebren las primeras

elecciones «democráticas». Y a esas elecciones no debe acudir Adolfo Suárez. Tiene fecha de caducidad a día fijo, pero él se resiste a retirarse. Y las relaciones entre el elegido y sus mentores norteamericanos empiezan a deteriorarse. Vernon Walters, desde la distancia, sigue fiscalizando todo el proceso y empieza a vislumbrar el 23-F.

Vernon Walters

Pero ¿quién es este general Walters que aparece en tantos momentos históricos fundamentales de la historia de España, durante la segunda mitad del siglo XX? Primero en episodios clave del apuntalamiento internacional del franquismo, junto al presidente Eisenhower, y después durante la Transición hacia la monarquía. Nacido en Nueva York en 1917, estudia en Francia e Inglaterra y, en 1941, se alista en el ejército como soldado raso. Todavía es un absoluto desconocido cuando, el 7 de diciembre de 1941, se produce el ataque japonés contra Pearl Harbour, base aeronaval norteamericana situada en las islas Hawái, en pleno océano Pacífico, que lleva a Estados Unidos a intervenir en la Segunda Guerra Mundial. El soldado Walters ingresa en la Escuela de Infantería, donde, a los pocos meses, logra el grado de subteniente. No pierde el tiempo y simultanea sus estudios de Infantería con un curso en el Centro de Entrenamiento de Espionaje Militar, en Camp Ritchie. Más adelante volverá allí como profesor de una asignatura muy especial: Interrogatorios a prisioneros de guerra.

Participa en varias campañas en el norte de África y, después del desembarco en Italia, se convierte en ayudante del teniente general Clark, que manda el Quinto Ejército. Al final de la guerra, Walters ya es comandante. A partir de ahí resulta evidente que su meteórica carrera se está desarrollando dentro de los servicios de información norteamericanos. Es nombrado edecán militar del presidente Truman y destinado como agregado militar adjunto a Brasil (1945) y a Francia (1948).

En 1951, ya con el cargo de teniente coronel, acompaña al general Eisenhower en su visita a doce países de la OTAN. En su libro *Misiones discretas*[7] señala que, durante aquel viaje, uno de los principales temas que Eisenhower lleva en su agenda es el de convencer a los aliados de Estados Unidos de que «suavicen» su posición con respecto a España. Sólo dos años después se firmarán los acuerdos bilaterales hispanonorteamericanos.

> Cuando llegué a Europa en 1951, con el general Eisenhower, para establecer el mando de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se percibía claramente una hostilidad contra España en muchos europeos, principalmente los socialistas. El entonces ministro de Defensa francés, M. Jules Moch, dijo a Eisenhower que en ningún caso se debía tener en consideración la posibilidad de que España participara en la defensa de Europa contra los soviéticos, y que no se podía permitir que España colaborase en ningún sentido con la OTAN. Eisenhower, un tanto irritado, preguntó a Moch: «Si los rusos se aproximaran a París, después de haber conquistado Alemania Occidental, y hubiese siete divisiones españolas disponibles, ¿usted las rechazaría?». En honor a la verdad, debo decir que esa actividad de exclusión de España rara vez era compartida por los militares de los países de la OTAN, incluso en el caso de que tuvieran un Gobierno socialista, debido a que estos militares sabían las verdaderas dimensiones del problema de defender a Europa de un ataque soviético.

Poco después de ese viaje por Europa, Walters es destinado al Cuartel General Supremo de las Potencias Aliadas en Europa, con sede en París. Actúa como ayudante del presidente Eisenhower en la Conferencia de Ginebra (1953) y le acompaña en todos sus viajes al extranjero, entre ellos el realizado a España en 1959. Aparece en segundo plano, detrás de Franco y Eisenhower, en la conocida fotografía tomada cuando ambos se despiden, en el aeropuerto de Torrejón, al final de la visita del presidente norteamericano a Madrid. Antes, en 1958, Walters ha acompañado al vicepresidente Nixon durante su estancia en Sudamérica.

Walters está considerado un bastión de la inteligencia militar de los republicanos, aunque también sirve con Truman y Kennedy. Toda su carrera la hace enquistado en los servicios de información, sin que le afecte ningún cambio de administración política. En 1960 es destinado a Roma como agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Italia. En este período toma parte activa, a través de la red Gladio, en la transferencia de fondos de la CIA a la Democracia Cristiana italiana, que pasa graves apuros electorales ante una izquierda en pleno auge.[8]

Dos años después viaja a Río de Janeiro (1962), en un momento especialmente delicado para Estados Unidos en Latinoamérica, tras la consolidación de la revolución cubana, un espejo para otros países de su entorno. Walters ha tenido contacto con el clima antinorteamericano que se respira en los países situados al sur de la metrópoli en 1945, cuando asistió a la Conferencia Panamericana de Bogotá. Entonces se produjo una importante revuelta popular contra Estados Unidos, saldada con dos mil víctimas mortales. No trascendió cuál fue el papel de Walters en aquella masacre, pero sí se sabe que fue condecorado por su actuación.

Desde su llegada a Brasil, trabaja para sentar las bases del golpe militar que derriba al presidente constitucional João Goulart y abre un período de represión y tortura. El líder de los sublevados es Humberto Castelo Branco, a quien Walters ha conocido años atrás, en Fort Leavenworth (Texas), cuando el futuro director adjunto de la CIA era todavía un oscuro instructor que entrenaba a oficiales brasileños. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, Walters sería oficial de enlace con la Primera División de Infantería brasileña en Italia, donde llegó a compartir piso con Castelo Branco.

La mañana posterior al golpe contra Goulart, los dos personajes desayunan juntos y Walters convence al militar golpista para que asuma la presidencia de la República brasileña. Castelo Branco seguirá sus indicaciones. Durante todo el año 1963, la actividad de Walters en Brasil ha sido muy intensa. En aquellos

momentos se sucedían los informes de la CIA sobre el «estado de opinión» en los cuarteles. Un documento del mes de mayo señala que «la oposición a Goulart está aumentando» y en julio, los papeles de la CIA registran «vacilaciones de los militares en derribar un régimen constitucional». Pero, poco después, otro informe de la Agencia afirma que ya existen posibilidades de «un golpe de derechas».

Al final, el propio Walters describe el éxito obtenido en su muy especializado trabajo brasileño: «Un régimen básicamente hostil a Estados Unidos fue sustituido por otro mucho más amistoso. Estoy convencido de que si no hubiera habido revolución, en Brasil habría pasado lo mismo que en Cuba». A consecuencia del éxito de la operación, Walters es ascendido a general de brigada.

Y ya con ese cargo sirve en Vietnam (1967), antes de ser trasladado de nuevo a Francia. En 1969 acompaña al presidente Nixon en su recorrido por Europa y, durante su estancia en París como agregado militar, entabla negociaciones secretas con los comunistas vietnamitas y sirve de enlace en las negociaciones, también secretas, entre el Gobierno de Pekín y Kissinger.

En mayo de 1972, Nixon le nombra director adjunto de la CIA, con Richard Helms como director, y ese mismo año asciende a teniente general. Permanece en el cargo hasta 1976.

En esos cuatro años, la Agencia desarrolla una notable actividad y está implicada en hechos tan importantes como el derrocamiento de Salvador Allende en Chile, la ocupación del Sahara Occidental por Marruecos, la invasión sudafricana de Angola o el asesinato del político chileno Orlando Letelier en Estados Unidos. En los años ochenta, durante la era Reagan, se convierte en embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas, su último cargo público.[9]

Desde la dirección adjunta de la CIA, apoya al rey de Marruecos, Hassan II, en su política de anexión del Sahara Occidental. Su relación con el monarca alauí comienza a cultivarse en los años de la Segunda Guerra Mundial. En 1942, Walters desembarca, con la tropas de Estados Unidos, en Safi (Marruecos). Es

la única acción bélica abierta que aparece en toda su biografía. A partir de entonces, sus guerras serán bastante más secretas y sucias. En ese lejano 1942, Vernon Walters conoce al entonces joven príncipe heredero marroquí, a quien da un paseo en su carro de combate.

Una de las empresas «tapadera» que operan en Marruecos durante los años setenta y ochenta, con las que Walters tiene estrecha vinculación, es la Morocco Travel Advisers, dedicada, según sus propias palabras, al «inocente» trabajo de «ofrecer giras por Marruecos a agencias de turismo norteamericanas por cuenta de estas últimas». Y añade que la empresa fomenta «el desarrollo del turismo en el extremo sur de Marruecos y en la zona en litigio». Obviamente, «el extremo sur» y «la zona en litigio» a los que se refiere son el Sahara Occidental. Extraña agencia de viajes esa que ofrece un supuesto turismo de placer por zona de guerra. Antes ha participado, desde su cargo de director adjunto de la CIA, en la tarea de convencer a las autoridades franquistas de que deben ceder la colonia española a Hassan, aquel muchachito de trece años que subió al carro de combate del subteniente Walters en 1942.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial, Walters tenía clara la importancia estratégica de la zona. Escribe:[10]

> La ocupación de los territorios franceses en Argelia, Túnez y Marruecos abriría el Mediterráneo a los aliados y aliviaría la presión sobre Malta, que llevaba largo tiempo sitiada. También permitiría atacar a los alemanes en Egipto por la retaguardia y constituiría una plataforma para llevar a efecto ulteriores operaciones contra lo que Churchill denominaba «el suave bajo vientre de Europa».

También confiesa que España es un país que siempre ha despertado en él especial interés: «De niño, pasé los años 1931 y 1932 en Biarritz, ciudad francesa muy cercana a la frontera española. Corrían los tiempos de la caída de Alfonso XIII, y, en aquella época, había muchísimos españoles en el citado balneario

francés». Allí aprende a hablar perfectamente español, lo que le resultará muy importante para desarrollar sus actividades en Latinoamérica y España. A lo largo de toda su carrera, Walters siempre hace una encendida defensa del régimen del Caudillo: «Confieso, francamente, que me pareció muy rara la decisión adoptada por las Naciones Unidas, en 1945, calificando a España de amenaza para la paz en el mundo, y conduciéndola a un hostil aislamiento, como si fuera una nación que hubiera participado en la lucha armada contra Estados Unidos».

El interés geoestratégico primordial que los norteamericanos tienen por España, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, queda plasmado, con toda claridad, en el siguiente párrafo de Vernon Walters: «Una España hostil, dueña del estrecho de Gibraltar, podía dificultar en gran manera la presencia de la VI Flota de Estados Unidos en el Mediterráneo y, por ende, el apoyo a Italia, Grecia, Turquía e Israel. Tanto si se quiere como si no, entonces al igual que hoy, la posición estratégica de España era crucial, más aún, indispensable para todo tipo de defensa de Europa y de Oriente Medio».